

INTRODUCCIÓN

No siempre se escribe lo que se desea, hay veces en que el deseo de otros se convierte en tu propio deseo. Tras escribir el libro «Dueños de sus destinos», gracias a Sebas (Charly) y a su maldito ictus, me di cuenta de que con ello dejaba fuera de mi vida, a gente que no se lo merecía; de ahí que me pusiera a escribir este libro, metiendo dos historias en el mismo. Con ello creo haber dejado por escrito los compromisos adquiridos moralmente, tras el primer libro, biográfico.

Todos tenemos algo que contar, algo que decir, algo que recordar, como algo que dejar a los nuestros. Somos historia, una pequeña historia que forma parte de nuestra vida; vivir no es otra cosa que hacer historia.

No se va en busca de la historia, ella te viene a buscar.

Esta historia, como muchas otras, empezó en el momento en que empezamos a volar solos.

Dicen que los principios son difíciles y quizás sea así, aunque los recuerdos de esos principios no se evoquen de esa manera.

En la vida se crean muchos lazos con personas que se cruzan en la vida. Sin saber cómo ni por qué, esos lazos invisibles que unen a las personas, son difíciles de romper, se quedan grabados en la memoria como si formaran parte de uno mismo. La realidad es que son parte de la propia historia, si esos lazos no existiesen, no se podría hacer la historia.

No quise romper mis lazos, los intenté guardar en un rincón de mi pasado porque ellos formaban parte de mi historia, incluso aquel que me traicionó, por culpa suya o mía, ¿quién no tuvo un Judas a su alrededor? En la vida hay mucha gente importante, pero la única persona que de verdad importa eres tú, ya que tus sentimientos son tan importantes como los de cualquier persona a la que la Historia hace importante, esté en la posición que esté. Siempre se puede entender a los demás, pero no como a uno. Lo que uno siente no lo puede sentir nadie más, aunque puedas compartirlo; tu sentir es tu mundo, es tu vida. Esta historia intenta reflejar lo mejor posible parte de nuestras vidas.

Me he preguntado muchas veces, quizás desde antes de hacer la comunión, quién se cruzará en mi vida y el porqué de ello, y jamás he encontrado respuesta, aunque sí intuyo su sentido.

Cuando llegas a un sitio y te encuentras solo, aunque estés rodeado de gente, sin saber el motivo, eliges entre la gente y sin darte cuenta te encuentras con alguien con el que te integras perfectamente y de ahí van surgiendo lazos que te atarán a esas personas de por vida, aunque el paso del tiempo los convierta en simple recuerdo.

Los recuerdos forman parte de tu vida, de tu historia, porque no hay historia sin ellos.

No hay vida sin recuerdos, porque la experiencia de tu vida se basa en esos recuerdos.

A la Artesana fábrica de vidrio Calle Aguas de Llobregat, Hospital de Llobregat, como al Colegio Nacional Pubillas, Casa.

CAPÍTULO 1

EL COMIENZO

Todo comenzó un lunes, a principios del año mil novecientos sesenta y ocho. Aquel día era mi primer día de trabajo. Empezaba con ello una nueva vida, atrás quedaban muchas cosas, como el colegio (al que dije adiós al pasar por la puerta; ese día miré hacia la ventana al pasar por allí los asientos de Sebas y de «Lete», y al ver el mío, me dije: «este curso, ese asiento se quedará vacío»); aún nos quedaba casi medio curso por delante, pero yo ya no tenía tiempo para ello, mis días de colegio y juegos infantiles se habían acabado. Ahora empezaba a nacer el hombre que tenía que hacerse a sí mismo en compañía de otros. Ya no tenía maestros que me enseñaran, ni pudieran guiar mi vida. Yo era el único responsable de mi destino, solo tenía que coger un camino para ello, pero en aquella época había demasiados caminos y muchos de ellos estaban llenos de trampas que te podían llevar hacia la destrucción.

El lado oscuro no era otra cosa que el camino fácil de la vida y alguno que otro lo tomó. No sé si fue por suerte o por miedo, pero yo lo supe ver y decidí no seguirlo, quizás el miedo me ayudo a ello.

No iba nervioso ese día al salir de casa, Rogelio venía conmigo; sin embargo, al pasar por el colegio la melancolía se apoderó de mí. Allí dejaba muchas cosas: a un maestro que al recordarlo me alegraba de no volver a ver y al mismo tiempo dejaba a mis dos amigos, que hasta entonces, desde hacía unos años, eran parte de mí. Eso me dolió, aguanté las lágrimas, ya que estaba Rogelio allí y no podía

sacar mis sentimientos a relucir, tenía que ser un hombre, cuando la realidad era que no era más que un crío.

Creo que aquella escena se me quedó tan gravada que influyó en toda mi vida. Tanto es así que me cuesta decir y expresar lo que siento, tanto, que en los momentos más necesarios, aprendí a llorar para mis adentros.

Fuimos los primeros en entrar al trabajo. El trabajo de Rogelio consistía en el mantenimiento de los moldes donde se enfriaba el cristal y tenía que estar media hora antes. Era mi primer día y no me iba a presentar allí solo. Conocía de años al segundo encargado, que era el que se dedicaba a controlarnos. Fue con él con quien hablé el domingo para poder empezar ese mismo lunes. La verdad es que no era mal tío y no hacía mal su trabajo. Aunque no se le respetara mucho, a la hora de la verdad la gente sabía dar el callo bajo su atenta mirada, y el palo que siempre llevaba en la mano (que no recuerdo habérselo visto usar con nadie) dejaba claro que si alguno se pasaba, él no lo iba a dudar. Allí no se podía dudar de nada, no te daba tiempo para ello, aquello era la selva.

La fábrica para mí era bastante grande. Yo no había visto muchas, por no decir casi ninguna (ni siquiera la de la Coca-Cola cuando fueron los del colegio de excursión a verla).

En el portalón de entrada había una especie de calle de unos ochenta metros de largo. Entrando a la derecha se encontraba un almacén donde trabajaban unas cinco mujeres, dedicándose al empaque de las lámparas de cristal ya terminadas.

Mientras Rogelio me explicaba esto, vi una escalera que bajaba en una de las entradas. No le di importancia, tenía tiempo de sobra para preguntar. A la izquierda del portalón había un pequeño edificio donde se encontraban los despachos, a continuación del almacén había un pilar con su fuente de unos tres metros de largo por uno y poco de ancho, y detrás del mismo, dentro de un edificio, una máquina bastante grande, que no era otra cosa que un generador, al que llamaban «la burra», y en una de sus esquinas, un pozo de agua de los de toda la vida. La fábrica no podía parar y si por lo que fuera se

iba la luz (algo nada raro en aquella época), entraba en funcionamiento «la burra».

A continuación del pilar había un edificio donde se preparaba la arena, dándole el color adecuado a las necesidades para poderla fundir después en los hornos. En ese mismo edificio, a ras de suelo, había una trampilla de aproximadamente un metro cuadrado que servía para que los camiones con la arena la pudieran descargar en el sótano. A continuación, cortando lo que parecía ser una calle, se encontraba el taller, el territorio de Rogelio.

A continuación y en paralelo al taller estaban las duchas y los lavabos, y al girar a la izquierda, bajo techado, venía a la izquierda el arca, y al final a la derecha un pequeño edificio donde se cortaban los vasos de las batidoras, que no hacía mucho que se habían puesto de moda, aunque no supe nunca el porqué, ya que nunca vi una en mi casa, ni cuando me casé.

La fábrica en sí era un rectángulo bordeado por los edificios que la rodeaban. A medida que iba andando, vi que había grandes portales en la fachada de la misma, que se encontraban cerrados. Estábamos en invierno y se notaba el frío. Pasados unos meses entendí qué función tenían esos portales.

Una vez dentro fuimos al vestuario, que no era otra cosa que un pasillo de unos doce metros de largo, donde en su lado izquierdo había unos cajones con puerta de unos treinta centímetros cuadrados y una percha debajo; a aquello llamaban taquillas. No recuerdo haber tenido ninguna, para tenerla creo que tenías que llevar bastante tiempo trabajando allí. Rogelio me hizo sitio a su lado y en ese momento me di cuenta de que allí no hacía frío, y así se lo dije, a lo que él me respondió:

—Estamos junto al arca vieja.

Como no sabía de qué me estaba hablando, me callé. El arca..., un nombre raro, me sonaba de algo, quizás por Noé. Aún tenía que aprender mucho de lo que era en sí un arca. Una vez cambiados nos fuimos para el taller. Rogelio, señalándome unas barras redondas de un metro y diez de largo y varias medidas de grosor, desde el dedo pequeño de la mano al dedo gordo, me dijo: